

(02070)

La candidata

María estaba nerviosa... hubo de reconocerlo. Era su puesta de largo al frente del partido. Las encuestas le otorgaban la victoria, pero desde dentro del vórtice nunca se está seguro de nada: las encuestas previas carecen de valor frente al escrutinio final, y en ello estaban ahora. Su reto era mantener la mayoría absoluta que a duras penas logró Segis en los últimos comicios municipales. Cualquier resultado por debajo de esa marca sería considerado un fracaso. Y el partido no perdona a los fracasados.

No hubo más remedio que hacer la apuesta, y ahora estaba en la mesa sin posibilidad de ser retirada: su futuro político frente al capricho de las urnas. ¿Habría llegado su mensaje al electorado? ¿Cómo la percibían sus convecinos? Ella sería la primera alcaldesa de Mospintoles de la democracia, y aún quizá en toda la historia. ¿Sería misógino el votante a la hora de depositar su voto? Pensando así, al menos las mujeres debían votarla por corporativismo femenino, pero ella se fiaba muy poco de la volubilidad femenil.

La mujer aún no gozaba de autoridad en la España de comienzos del siglo XXI. Cierto que se habían superado muchos objetivos, pero ella estaba en contra de la actual corriente que obligaba a la paridad. La mujer, para ser emancipada de una vez por todas, para demostrar su valía y capacidad, no debía de tener ayudas. En política una mujer vale tanto como un hombre... siempre que lo demuestre. Pero forzar la situación con la dichosa paridad para que las mujeres demostraran su saber hacer era exponer la mediocridad de muchas de ellas. Como la inepticia del grupito de feminoides castradoras que habían empezado a hablar del "empoderamiento" de la mujer en la Comunidad de Madrid. Todo eso no ayudaba nada.

Hacía una hora que se habían cerrado los colegios electorales y comenzaban a llegar las llamadas telefónicas reportando los avances de los escrutinios de cada mesa. Ello les permitía realizar una proyección de la tendencia del voto, conocedores de las costumbres de cada mesa. Sabían qué mesas les eran menos propicias y en qué mesas sus electores madrugaban más, por lo que sus votos estarían al fondo de la primera urna, pudiendo anticipar un vuelco.

Todo este dispositivo era una costumbre que su partido había ido adquiriendo, pero María ignoraba cuál era su utilidad práctica. Pensaba que sólo servía para pasar el rato y no consumirse en un mar de nervios. Sólo al final se sabría si ella y su equipo gobernarían, y si lo harían con mayoría absoluta.

Decidió dejar hacer a sus compañeros y sumirse en una introspección, en reflexiones que tal vez le reportaran mayor tranquilidad que la estéril extrapolación de la tendencia del voto.

Recordó el último mitin que su partido ofreció en Mospintoles, con fiesta y concierto que debían finalizar antes de las cero horas dado que en ese momento comenzaba la jornada de reflexión.

Todo estaba controlado aquel último día de campaña... todo excepto don Faustino. El profesor, cabezota, se había negado a participar en ningún mitin aduciendo que no iba en puestos de salida. Al final se había empeñado en ir de número dieciséis cuando la mayoría absoluta estaba en trece concejales y quince ediles era el mejor resultado del partido en Mospintoles.

Se dejó convencer para acompañarla en la lista electoral –de *Consigliere*, decía Sebas– pero no parecía tener ganas de volver a verse en el ayuntamiento. Ella le había propuesto ir de número tres, y más tarde en cualquier puesto entre los diez primeros, pero él se había negado rotundamente. Al menos había conseguido asociar su imagen solvente a su proyecto político. Don Faustino, pese a que él no quería reconocerlo, gozaba de muy buena imagen en Mospintoles. Tenía también sus detractores, ¡como no!, pero precisamente por ser una persona recta... previsible, según él.

Tampoco habían conseguido que modificara su indumentaria; don Faustino era un icono identificable a la legua. Pretendieron que vistiera de manera informal, sustituyendo sus impenitentes pantalones de pinzas por unos vaqueros y sus zapatos negros de corte clásico por zapatillas deportivas, manteniendo su camisa lisa de color claro –sin rayas ni cuadros ni mucho menos estampada–, y la americana de color oscuro, pero a juicio del profesor era un contrasentido quitarle años con un par de cambios cuando le habían dicho que con su inclusión en la lista buscaban la imagen de madurez que ofrecía.

Don Faustino había estado presente en todos los mítines que el partido dio en el municipio como observador, pero aquella tarde le habían preparado una encerrona para que saliera a la palestra. En el último momento le comunicaron que la persona que debía disertar sobre el programa en educación, cultura y deportes no había podido acudir, y no sería bien visto que uno de los ponentes repitiera.

Aceptó a regañadientes, diciéndoles que aquello era una celada –¿por qué utilizaba siempre palabras tan poco habituales?– y María le dio una cuartilla con un guión. Ella sabía que el profesor no necesitaba más y que solventaría la papeleta sin haberse preparado el discurso. Don Faustino, sin leerla, realizó tres pliegues en la hojita y la hizo desaparecer en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta.

Cuando llegó su turno le presentaron por megafonía como “don Faustino, al que todos conocéis”, y el profesor se levantó de la silla que ocupaba junto a los otros ponentes y dio un paso al frente. Se quedó mirando a la muchedumbre, que había animado el mitin con las frases y vítores al uso, y llevándose una

mano a los ojos, como tapándoselos, agarró el micrófono que había junto al atril y se desplazó por el escenario. A continuación pidió que apagaran unos focos que le molestaban. A todos los que habían salido antes les molestaron esos focos, algunos con muchas millas mitineras a la espalda, pero ninguno tuvo la sangre fría de pedir que apagaran aquella línea de luces.

María recordó que en aquel momento se sintió impaciente y expectante: ¿por dónde saldría don Faustino?

—Agradezco a los técnicos de iluminación su trabajo... supongo que el exceso de luces es para destacar nuestras figuras, pero a mí ya me conocen todos ustedes y con esta sobreiluminación yo no veo sus rostros. Y, francamente, me resulta difícil hablar a quienes no puedo mirar a la cara.

El público quedó sorprendido. Don Faustino había logrado lo que pretendía: atención, expectación y silencio.

—Antes de comenzar les anticipo que en mi charla no voy a hacer el papel de cómico, al estilo de esos monologuistas de “El club de la comedia” que tan buenos ratos nos hacen pasar. No creo que un político se deba prestar a ciertas excentricidades, oficiando de *showman* (si se me permite el barbarismo) sobre un entarimado. No creo que faltar al respeto, o reírse, burlarse, o descalificar a los antagonistas políticos deba ser la tónica que presida un mitin en el que han de tratarse asuntos serios que a todos nos importan.

»Así pues, quien esté esperando hacer risas a costa de los demás puede aprovechar este tiempo para realizar otras labores que le sean más provechosas.

Don Faustino hizo una pausa y caminó por el escenario. Alguien de entre los técnicos de sonido se dio cuenta de que el discurso de don Faustino iba a correr por derroteros poco habituales, y subiendo con naturalidad junto al profesor le ofreció sustituir el micrófono que había cogido del atril –cuyo cable no era muy largo y limitaría sus movimientos por el entablado– por un micrófono inalámbrico. El público asistía avizor a todo aquello. Una vez realizado el cambio y dando públicamente las gracias al chaval por el nuevo micro, don Faustino prosiguió:

—Las mayorías absolutas no son deseables en democracias tan carentes de experiencia como la nuestra, si es que queremos evitar los rodillos políticos. Es muy sano y un ejercicio de higiene democrática gobernar en minoría. Pero por si finalmente deciden ustedes otorgarnos tal grado de confianza que un servidor salga elegido concejal, les confesaré cual es mi ideario.

En aquel momento uno de los jefes del partido le dijo a María al oído: “Se ha vuelto loco... Hay que quitarle el micrófono”; pero María estaba tensa, y no movió ni un dedo.

—Me han encomendado que les participe a ustedes el programa de nuestro partido para las materias de educación, cultura y deportes. Incluso me han dado un guión..., como si yo fuera un jovencito y no supiera qué es lo que necesita mi ciudad y mis convecinos del municipio.

Don Faustino hizo una pausa y paseó la mirada por entre aquellas cabezas, identificando muchos rostros:

—Sepan que en lo que al área de educación se refiere, un ayuntamiento no tiene capacidad para tomar decisiones que promuevan la mejora de la educación de sus hijos. En lo que al municipio respecta, sólo tenemos labores de asesoramiento en el órgano de gobierno del colegio. Lo que sí tenemos a nuestro cargo son los edificios donde se alberga el alulario, y ahí sí podemos tomar medidas que mejoren la calidad del entorno físico. Lamentablemente los edificios de Secundaria son propiedad de la Comunidad de Madrid, pero les prometo a ustedes que este profesor luchará por que en Madrid asuman como propias las medidas que necesitamos en Mospintoles.

El veterano profesor paseaba a sus anchas por la improvisada tribuna, con el micrófono en la mano, como si durante toda su vida hubiera estado dirigiéndose a un público que le escuchaba en silencio...

—Algo que me llama la atención es la falta de modernización de los edificios escolares en comparación con otros edificios administrativos, comenzando por el mismo ayuntamiento, siguiendo por los juzgados, y llegando a los edificios que albergan delegaciones comarcales de las diferentes consejerías.

»Nuestros alumnos tienen el derecho de disfrutar de un sistema moderno de calefacción –el profesor evitó deliberadamente mencionar el estado de las calderas, lo que hubiera alarmado innecesariamente a la población–, igual que tienen derecho a disfrutar de aire acondicionado, como el que está instalado en la alcaldía y en los despachos de los concejales.

Aquello hizo revolverse a más de un candidato edilicio. ¿Se había vuelto loco don Faustino? Estaba echando a la población contra la labor realizada durante estos años. María tampoco las tenía todas consigo, pero empezaba a ver qué pretendía don Faustino, y estaba expectante por saber dónde pararía toda aquella declaración pública de principios. Aunque bien pensado... era su futuro político el que estaba en juego.

—También es preciso remodelar el propio edificio, por ejemplo, sustituyendo sus ventanas por otras aislantes, y modernizar equipamientos y servicios, como el comedor, o dotar de ascensor al inmueble para acceder a las plantas altas. Hay niños (y profesores también) que padecen algún tipo de minusvalía... Otros presentan una movilidad reducida de forma temporal, como consecuencia de algún accidente doméstico o deportivo. Todos las semanas veo algún joven con muletas cargado de su mochila subiendo las escaleras para llegar al aula a la que tiene obligación de asistir.

»Habrá que pensar en los patios exteriores, donde juegan sus hijos de ustedes, para que no ocurran desgracias... evitables –y aquí don Faustino bajó la voz y la vista, recordando los dramáticos momentos vividos en Mospintoles hacé apenas un mes–, y proponer un acceso racional en horario extraescolar a los patios de juego de colegios e institutos.

Tras un brevísimo silencio, don Faustino recobro el aplomo:

—Les puedo asegurar que en lo que de mí depende, luchar  contra los políticos de la consejería y del propio ayuntamiento para introducir en sus estrechas mentes la necesidad de considerar colegios e institutos como un edificio más de la Administración. Para mí, quizá son los más importantes de todos... claro que yo soy parte interesada... y quizá precisamente por eso pueden ustedes confiar en que no desfallecer .

»En el apartado deportivo tengo muy claro que un ayuntamiento no puede ir a remolque de la actualidad deportiva profesional. Esto, en mi humilde opinión, no es deporte. Es más, el concepto “deporte profesional” es en sí mismo un oxímoron, palabreja que significa que dos términos reflejan conceptos opuestos... Perdóneme que ejerza de docente: un ejemplo clarificador de un oxímoron es “un silencio atronador”; ahora que ya conocen el palabro, repetir  que en mi opinión “deporte profesional” es un oxímoron, igual que lo es “monarquía parlamentaria”, pero de eso no toca hablar esta noche.

Entre bastidores, los pesos pesados del partido se revolvi n inquietos. Incluso el número dos de la candidatura a la presidencia de la Comunidad de Madrid dio un resoplido, a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—Dicho lo que antecede, en mi opinión un ayuntamiento no puede dejarse influenciar por las luces del llamado deporte profesional, y debe volcar su atención y su esfuerzo en lo que se conoce como “deporte municipal”. Los acuerdos y convenios a los que se llegue con las entidades deportivas profesionales han de repercutir en esta vía ciudadana del deporte. No tiene sentido que un ayuntamiento se aleje del concepto “deporte municipal”.  Que qué quiero hacer en materia de deporte? Me gustaría reconducir las actuaciones para facilitar la práctica deportiva de nuestros vecinos. Les dar  a ustedes ejemplos concretos a modo de botones de muestra.

»La actividad conocida como gerontogimnasia debe ser gratuita para los jubilados y pensionistas. Ya han pagado ustedes impuestos durante toda su vida como para que ahora venga un ayuntamiento a pretender rentabilizar económicamente una actividad que es necesaria para evitar el sedentarismo al que nos empuja esta sociedad. Debo anticiparles que a esta actividad tendrá que ir pronto un servidor, que ya renquea de una pierna. Lo digo para que luego no me echen en cara que la actividad es gratuita porque este proyecto de concejal acude a ese servicio –don Faustino se permitió bromear en este punto... pero

esta chanza, bastante particular por cierto, no fue acogida como tal por el auditorio, que no perdía una coma de cuanto decía don Faustino.

»No debemos caer en la complacencia del crecimiento descontrolado de las instalaciones deportivas. Hay que pensar que cualquier equipamiento precisa de un mantenimiento que más tarde gravará las arcas municipales, que como todos ustedes saben casi siempre están vacías.

»En cualquier caso hay que incentivar la práctica deportiva entre la ciudadanía y no creo que la mejor forma sea ofrecer gratuidad de las instalaciones para las entidades deportivas profesionales ni para los becados ADO que hay en el municipio, que curiosamente son quienes mejor pueden pagar las cuotas establecidas al efecto. Sepan ustedes que quienes reciben becas deportivas las perciben netas, sin pagar ni un duro de impuestos ya que las becas no se consideran sueldos y están exentas de tributar.

Un murmullo recorrió la muchedumbre, y don Faustino aguardó a que cesara. Como todavía se extendió por unos segundos sin dar indicios de concluir, el profesor volvió a tomar la palabra en un tono de voz muy bajito. Enseguida se hizo el silencio:

—En el área de cultura, que quizá fuera en la que un servidor se encontrara más a gusto, me gustaría incentivar la participación ciudadana, y acercar la cultura en todas sus facetas a quienes aún no tienen adquirido el hábito de salir de casa en busca de incentivos culturales. Que sí, que el partido de fútbol y la película del viernes pueden ser considerados cultura, al igual que los videojuegos... pero existe una amplia oferta que no es posible llevar a cada casa y cada vecino ha de hacer un esfuerzo discrecional para acercarse a ella. Puedo asegurarles que ese esfuerzo merece la pena y que una vez realizado se convierte en sano hábito.

»Antes de continuar quiero decirles que me gustaría vincularles a ustedes a través de las asociaciones culturales... No podemos pedirle al ayuntamiento que haga todo por nosotros. Algo debemos hacer también por los demás, algo que nos satisfaga hacer y que nos sea gratificante compartir con los demás. Por eso desde cada casa de cultura debe impulsarse la creación de grupos de ciudadanos que tengan inquietudes organizativas para crecer juntos.

»Entre otras cosas a mí me gustaría que en Mospintoles hubiera un teatro municipal, y no me estoy refiriendo a que los grupos de teatro acudan a nuestras casas de cultura, sino a un grupo de vecinos que realicen teatro como afición. Me gustaría impulsar la creación de grupos de teatro vecinales. Convirtámonos en actores... seamos activos y no pasivos como nos obliga la televisión. Representemos nuestra propia película y no esperemos que nos la cuenten.

»También veo interesante la creación de una radio municipal que diera la oportunidad a los mospintoleños de adentrarse en los secretos de las ondas. Hay suficientes inquietudes entre nuestros jóvenes y nuestros mayores como para apoyar a un colectivo que gestione una radio municipal.

Los asistentes guardaban silencio, atentos a lo que decía el profesor. Al no haber picos en el tono de voz del profesor no podían prorrumpir en aplausos, como ocurre con los mítines al uso, donde es el político convertido en hombre espectáculo quien induce los aplausos del público con su estudiada cadencia. —Y hablando de estos tipos de cultura alternativos... más bien cultura relegada por la moda, me gustaría que existieran ludotecas en cada casa de cultura, entendida la ludoteca en su acepción original, un lugar donde jugar a juegos de mesa, desde el ajedrez al parchís, sin olvidar todo tipo de nuevos juegos, como los de cartas coleccionables, los juegos de rol o los juegos de miniaturas... Pregunten a sus hijos dónde se reúnen para poder desarrollar aficiones como el modelismo o el maquetismo. El ayuntamiento debe ser sensible y receptivo a esta demanda cultural.

»No sé qué pensarán ustedes al respecto, pero a mí también me gustaría recuperar el cineforum... Complicado nos lo ponen las sociedades de gestión de derechos de autor, pero no imposible. Una vez que aportemos el dichoso canon sobre películas desclasificadas (que a mi juicio son las más interesantes), podremos proyectar ciclos temáticos sobre los que luego debatir para aprender unos con otros.

»Y hablando del séptimo arte, existe ese otro cine comercial que también nos gusta ver a todos en familia... se han perdido aquellos cines de verano de nuestra juventud y a mí me gustaría recuperarlos, el cine en la calle, el cine al aire libre. Apostaría a que no me encuentro solo para llevar adelante esta iniciativa y muchos de ustedes también han pensado alguna vez en algo similar.

Algunas cabezas asintieron, y puesto que don Faustino les proponía participar, se permitieron comentar algo con el de al lado. Pero pasados unos instantes el profesor, al igual que había hecho minutos antes, volvió a comenzar en un tono de voz muy bajo, volviendo a captar la atención de inmediato:

—Y ya puestos a realizar actividades en los espacios públicos, me gustaría lanzar un ciclo de conciertos para los jóvenes y no tan jóvenes, sin robar popularidad a las romerías; buena música, al margen de lo que nos quieran vender los lanzadores de éxitos enlatados.

»Existe cierto tipo de música que ha de ser escuchada en un salón de actos... Pues también, también deberán tener cabida los conciertos menos populares, esa música de cámara, esa música clásica que debe ser disfrutada en la tranquilidad de un salón. Sin olvidar el baile, otra manifestación cultural que solemos olvidar como tal. El baile para los más mayores como forma de

relacionarse y mantenerse activos, y el baile para la juventud desde una óptica cuasi-deportiva.

»Y ya puestos a pedir, y si me dejan ustedes, me gustaría crear una escuela para jóvenes, para mayores y para los un poco más mayores que enseñara a escribir... Podría ser una escuela de periodismo, con la creación de un semanario ciudadano, pero deberíamos extender esa escuela al arte de escribir, por ejemplo el arte de escribir cuentos... y publicarlos en el semanario.

»Estas, señoras y señores que han tenido la paciencia de escucharme durante estos minutos, son mis ideas de cómo debe funcionar un ayuntamiento, al margen de lo que ponga en este papel que me han dado a modo de guión minutos antes de que me empujaran a este entarimado, guión que ni siquiera me he tomado la molestia de leer.

»Quizá, de salir elegido concejal, deba luchar contra mi propio partido, pero en caso de que se diera esa probabilidad, les aseguro que esta vez me quedaré hasta el final para doblegar la necesidad, la torpeza, el oscurantismo y la burricie...

Don Faustino apagó el micrófono inalámbrico, dio media vuelta y salió del escenario sin esperar a que el conductor del mitin le despidiera desde el estrado.

Cogido por sorpresa tras el inesperado final, el público, lentamente, comenzó a aplaudir, y acabó haciéndolo de forma unánime. No se pudo catalogar de ovación, pero tanto el aplauso como el respeto que se había ganado el viejo profesor fueron colectivos.

María recordaba estas escenas que habían transcurrido hacía cuarenta y ocho horas mientras miraba con aire ausente la pizarra blanca que se iba llenando de los datos que llegaban por teléfono sobre los escrutinios parciales de cada mesa. La proyección de voto les permitiría anticipar el resultado final e ir preparando su ánimo y su discurso.

Todos los concejales y algunos que lo tenían francamente difícil habida cuenta de su posición en la lista, estaban en la sede del partido aguardando a irse a la cama sabiéndose ediles. Todos tenían ansia de conocer su futuro salvo uno... el de siempre.

No muy lejos de allí don Faustino estaba jugando una partida de ajedrez con el inspector Cañeque en el bar de Manolo, cerrado al público desde las diez de la noche, mientras el dueño preparaba los útiles para el día siguiente, una mañana que se aventuraba muy activa dado que ya se sabía la composición de la nueva Corporación...

—Faustino —llamó Manolo—, tú aquí jugando al ajedrez con el inspector, y a lo mejor ya eres concejal y todo.

—Pues si os digo la verdad, me pienso ir a la cama sin saber si he adquirido esa pesada responsabilidad. Seguro que mañana algún botarate me despierta temprano para decirme si sí o si no —dijo don Faustino a Cañequé y alzando las cejas en dirección a Manolo.

—No creo que alguien ose turbar su descanso, don Faustino —dijo el policía.

—Don Faustino sabe bien que en cuanto me entere le voy a despertar —rió, socarrón, Manolo—. Aunque sean las tres de la madrugada. Porque no vas a escapar a tu destino, Faustino.

—A esa hora estarás en la cama tú también, viejo carcamal.

—Por eso te vas a salvar de que te despierte...

Los tres rieron la obviedad de la situación que había creado Manolo. Lo cierto es que en aquellos momentos en ninguno de los tres se despertaba el más mínimo interés por la política local. Pero en ese momento sonó el teléfono del bar. Manolo descolgó el auricular:

~¡Manolo!, soy María. ¿Está don Faustino por ahí?

~Hola María. Yo también me alegro de hablar contigo. Y sí, gracias; me encuentro perfectamente.

Don Faustino ni se inmutó, y agarró dos piezas del tablero:

—Me enroco, Cañequé.

~Lo siento Manolo, no estoy fina para exquisiteces. Necesito hablar con el profe.

~En este momento está ocupado, y no va a poder atender tu llamada. Si quieres le doy el recado.

Cañequé ya había movido, y don Faustino aprovechó para anunciar un jaque a la dama, algo que sólo se estila en partidas amistosas entre los más viejos ajedrecistas. El policía y el profesor mantenían la vista fija en el tablero. Manolo colgó el teléfono y se dirigió hacia la mesa. Sus ojos brillaban y una sonrisa mefistofélica también brillaba en su cara.

—Era la Reina, la primera dama de Mospintoles... Aunque, hablando con precisión, el que sería el primer "damo" es Sebas... Estaba muy alterada y quería decirte algo personalmente. Como sé que a ti te la trae floja, le he dicho que me diera el mensaje... Pero mejor te llamo por teléfono a casa a las tres de la mañana.